« simulacros del demonio; y que esta obra le seria mas acepta, « si ellos mismos la ejecutasen por sus manos. » A cuyo intento los persuadia y animaba para que subiesen por las gradas del templo á derribar los ídolos; pero ellos se contristaron de manera con esta proposicion, que solo respondian con el llanto y el gemido; hasta que arrojándose en tierra, dijeron á grandes voces que primero se dejarian hacer pedazos que poner las manos en sus dioses. No quiso Hernan Cortés empeñarse demasiado en esta circunstancia que tanto resistian; y así mandó que sus soldados lo ejecutasen: por cuya diligencia fueron arrojados desde lo alto de las gradas y llegaron al pavimento hechos pedazos el ídolo principal y sus colaterales, seguidos y atropellados de sus mismas aras y de los instrumentos detestables de su adoracion. Fué grande la conmocion y el asombro de los Indios: mirábanse unos á otros como echando ménos el castigo del cielo: y á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel; porque viendo á sus dioses en aquel abatimiento, sin poder ni actividad para vengarse, les perdieron el miedo, y conocieron su flaqueza, al modo que suele conocer el mundo los engaños de su adoracion en la ruina de sus poderosos.

Manda que derriben los ídolos.

Resistenlo los Indios.

Quedaron con esta esperiencia los Zempoales mas fáciles á la persuasion, y mas atentos á la obediencia de los Españoles: porque si ántes los miraban como sugetos de superior naturaleza, ya se hallaban obligados á confesar que podian mas que sus dioses. Y Hernan Cortés, conociendo lo que habia crecido con ellos su autoridad, les mandó que limpiasen el templo, cuya órden se ejecutó con tanto fervor y alegría, que afectando su desengaño, arrojaban al fuego los fragmentos de sus ídolos. Ordenó luego el cacique á sus arquitectos que rozasen las paredes, borrando las manchas de sangre humana que se conservaban como adorno. Blanqueáronse despues con una capa de aquel yeso resplandeciente que usaban en sus edificios, y se fabricó un altar, donde se colocó una imágen de Nuestra Señora con algunos adornos de flores y luces: y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la misa con la mayor solemnidad que fué posible, á vista de muchos Indios, que asistian á la novedad mas admirados que atentos; aunque algunos doblaban la rodilla y procuraban remedar la devocion de los Españoles.

Sosléganse despues, y limpian el adoratorio.

Fabricase un altar.

No hubo lugar entónces de instruirlos con fundamento en los principios de la religion, porque pedia mas espacio su rudeza; y Hernan Cortés llevaba intento de empezar tambien su conquista espiritual desde la corte de Motezuma; pero quedaron inclinados al desprecio de sus ídolos, y dispuestos á la veneracion de aquella santa imágen, ofreciendo

Dan esperanzas de convertirse.

que la tendrian por su abogada, para que los favoreciese el Dios de los cristianos, cuyo poder reconocian ya por los efectos, y por algunas vislumbres de la luz natural, bastantes siempre á conocer lo mejor, y á sentir la fuerza de los ausilios con que asiste Dios á todos los racionales.

Y no es de omitir la piadosa resolucion de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida para cuidar del culto de la imágen, coronando su vejez con este santo ministerio: llamábase Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba. Accion verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado, en que hubo mucha parte de valor.

Juan de Torres se ofrece á cuidar del nuevo santuario.

CAPITULO XIII.

Vuelve el ejército á la Vera Cruz: despáchanse comisarios al rey con noticia de lo que se habia obrado: sosiégase otra sedicion con el castigo de algunos delincuentes; y Hernan Cortés ejecuta la resolucion de dar al traves con la armada.

Partieron luego los Españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla: y cuando llegaron á la Vera Cruz acababa de arribar al parage donde estaba surta la armada un bajel de poco porte, que venia de la isla de Cuba á cargo del capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el capitan Luis Marin, que lo fué despues en la conquista de Méjico; y traian diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocurrencia se tuvo á socorro considerable. Omitieron nuestros escritores el intento de su viaje: y en esta duda parece lo mas verisímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortés para seguir su fortuna, á que persuade la misma facilidad con que se incorporaron en su ejército. Súpose por este medio que el gobernador Diego Velazquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortés, porque se hallaba con título de adelantado de aquella isla, y con despachos reales para descubrir y poblar obtenidos por la negociacion de un capellan suyo, que habia despachado á la corte para esta y otras pretensiones: cuya merced le tenia inexorable, ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Llegan á la Vera Cruz Francisco de Saucedo y Luis Marin con diez Españoles, un caballo y una yegua.

Presúmese que vinieron de Cuba.

Noticias de Diego Velazquez.

Pero Hernan Cortés, empeñado ya en mayores pensamientos, trató esta noticia como negocio indiferente; aunque le apresuró algo en la resolucion de

Trata Cortés de enviar comisarios á España.

dar cuenta al rey de su persona : para cuyo efecto dispuso que la Vera Cruz, en nombre de villa, formase una carta, poniendo á los pies de su magestad aquella nueva república, y refiriendo por menor los sucesos de la jornada : las provincias que estaban ya reducidas á su obediencia : la riqueza, fertilidad y abundancia de aquel nuevo mundo : lo que se habia conseguido en favor de la religion, y lo que se iba disponiendo en órden á reconocer lo interior del imperio de Motezuma. Pidió encarecidamente á los capitulares del ayuntamiento, que sin omitir las violencias intentadas por Diego Velazquez, y su poca razon, ponderasen mucho el valor y constancia de aquellos Españoles; y les dejó el campo abierto para que hablasen de su persona como cada uno sintiese. No seria modestia, sino fiar de su mérito mas que de sus palabras, y desear que se alargasen ellos con mejor tinta en sus alabanzas : que á nadie suenan mal sus mismas acciones bien ponderadas; y mas en esta profesion militar, donde se usan unas virtudes poco desengañadas, que se pagan de su mismo nombre.

Escribe al rey el ayuntamiento de la Vera Cruz.

Suenan bien las alabanzas propias.

La carta se escribió en forma conveniente, cuya conclusion fué pedir á su magestad que le enviase el nombramiento de capitan general de aquella empresa, revalidando el que tenia de la villa y ejército, sin dependencia de Diego Velazquez : y él escribió en la misma sustancia, hablando con mas fundamento en las esperanzas que tenia de traer aquel imperio á la obediencia de su magestad, y en lo que iba disponiendo para contrastar el poder de Motezuma con su misma tiranía.

Escribe Cortés en la misma sustancia.

Formados los despachos, se cometió á los capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo esta legacía : y se dispuso que llevasen al rey todo el oro y alhajas de precio y curiosidad que se habian adquirido, así de los presentes de Motezuma, como de los rescates y dádivas de los otros caciques : cediendo su parte los oficiales y soldados, para que fuese mas cuantioso el regalo. Llevaron tambien algunos Indios que se ofrecieron voluntarios á este viaje : primicias de aquellos nuevos vasallos que se iban conquistando; y Hernan Cortés envió regalo aparte para su padre Martin Cortés : digno cuidado entre las demas atenciones suyas. Fletóse luego el mejor navío de la armada : encargóse el regimiento de la navegacion al piloto mayor Anton de Alaminos; y cuando llegó el dia señalado para la embarcacion, se encomendó al favor divino el acierto del viaje con una misa solemne del Espíritu Santo. Y con este feliz auspicio se hicieron á la vela en diez y seis de julio de mil y quinientos y diez y nueve, con órden precisa de seguir su derrota la vuelta de España, procurando tomar el canal de Bahama, sin tocar en la isla de Cuba, donde se debian recelar, como peligro evidente, las asechanzas de Diego Velazquez.

Comisarios Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo.

Presente que llevaron al rey.

Va por piloto Anton de Alaminos.

En el tiempo que se andaban tratando las prevenciones de esta jornada se inquietaron nuevamente algunos soldados y marineros, gente de pocas obligaciones, tratando de escaparse para dar aviso á Diego Velazquez de los despachos y riquezas que se remitian al rey en nombre de Cortés : y era su ánimo adelantarse con esta noticia, para que pudiese ocupar los pasos, y apresar el navío : á cuyo fin tenian ya ganados los marineros de otro, y prevenido en él todo lo necesario para su viaje; pero la misma noche de la fuga se arrepintió uno de los conjurados, que se llamaba Bernardino de Coria. Iba con los demas á embarcarse, y conociendo desde mas cerca la fealdad de su delito, se apartó cautelosamente de sus compañeros, y vino con el aviso á Cortés. Tratóse luego del remedio; y se dispuso con tanto secreto y diligencia, que fueron aprehendidos todos los cómplices en el mismo bajel, sin que pudiesen negar la culpa que cometian. Y Hernan Cortés la tuvo por digna de castigo ejemplar, desconfiando ya de su misma benignidad. Sustancióse brevemente la causa, y se dió pena de muerte á dos de los soldados, que fueron promovedores del trato, y de azotes á otros dos, que tuvieron contra sí la reincidencia. Los demas se perdonaron como persuadidos ó engañados : pretesto de que se valió Cortés para no deshacerse de todos los culpados; aunque ordenó tambien que al marinero principal del navío destinado para la fuga se le cortase uno de los pies. Sentencia estraordinaria, y en aquella ocasion conveniente, para que no se olvidase con el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo : materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginacion.

Nuevas inquietudes de los Españoles.

Tratan de escapar en un navío.

Avisa á Cortés Bernardino de Coria.

Castigo de los sediciosos.

Bernal Diaz del Castillo, y á su imitacion Antonio de Herrera, dicen que tuvo culpa en este delito el licenciado Juan Diaz; y que por el respeto del sacerdocio no se hizo con él la demostracion que merecia. Pudiera valerle contra sus plumas esta inmunidad; particularmente cuando es cierto, que en una carta que escribió Hernan Cortés al emperador en treinta de octubre de mil y quinientos y veinte (cuyo contesto debemos á Juan Bautista Ramusio en sus Navegaciones) no hace mencion de este sacerdote, aunque nombra todos los cómplices de la misma sedicion. O no seria verdad el delito que se le imputaba, ó tendremos para no creerlo la razon que él tuvo para callarlo.

No tuvo culpa el licenciado Juan Diaz.

El dia que se ejecutó la sentencia se fué Cortés con algunos de sus amigos á Zempoala, donde le asaltaron varios pensamientos. Púsole en gran cuidado el atrevimiento de estos

Varios discursos de Cortés.

soldados: mirábale como resulta de las inquietudes pasadas, y como centella de incendio mal apagado: llegaba ya el caso de pasar adelante con su ejército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma: obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurria en mantenerse algunos dias entre aquellos caciques amigos: en divertir su ejército á menores empresas: en hacer nuevas poblaciones que se diesen la mano con la Vera Cruz; pero en todo hallaba inconvenientes: y de esta misma turbacion de su espíritu nació una de las acciones en que mas se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse á deshacer la armada y romper todos los bajeles, para acabar de asegurarse de sus soldados, y quedarse con ellos á morir ó vencer; en cuyo dictámen hallaba tambien la conveniencia de aumentar el ejército con mas de cien hombres, que se ocupaban en el ejercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolucion á sus confidentes, y por su medio se dispuso, con algunas dádivas, y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen á una voz que las naves se iban á pique sin remedio, con el descalabro que habian padecido en la demora y mala calidad de aquel puerto: sobre cuya deposicion cayó, como providencia necesaria, la órden que les dió Cortés, para que sacando á tierra el velámen, jarcias y tablazon que podia ser de servicio, diesen al traves con los buques mayores, reservando solamente los esquifes para el uso de la pesca. Resolucion dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista: y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las historias.

Determina barrenar los bajeles.

Cómo lo dispuso.

Pondérase esta resolucion.

De Agatócles refiere Justino, que desembarcando con su ejército en las costas de Africa, encendió los bajeles en que le condujo, para quitar á sus soldados el ausilio de la fuga.

Antiguos que derrotaron sus armadas.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, capitan de los Étolos; y Quinto Fabio Máximo nos dejó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino mas que al silencio de Plutarco. Pero no se disminuye alguna de estas hazañas en el ejemplo de las otras: y si consideramos á Hernan Cortés con ménos gente que todos, en tierra mas distante y ménos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposicion de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallaremos que fué mayor su empeño, y mas heróica su resolucion: ó concediendo á estos grandes capitanes la gloria de ser imitados, porque fueron primeros, dejaremos á Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de escederlos.

Fué mayor la determinacion de Cortés.

No es sufrible que Bernal Diaz del Castillo con su acostumbrada, no sabemos si malicia ó sinceridad, se quiera introducir á consejero de obra tan grande, usurpando á Cortés la gloria de haberla discurrido. « Le aconsejamos, dice, sus amigos que no dejase navío en el « puerto, sino que diese al traves con ellos. » Pero no supo entenderse con su ambicion, pues añadió poco despues: « Y esta « plática de dar al traves con los navíos, lo tenia ya concertado, « sino que quiso que saliese de nosotros. » Con que solo se le debe el consejo que llegó despues de la resolucion. Ménos tolerable nota es la que puso Antonio de Herrera en la misma accion; pues asienta que se rompió la armada á instancia de los soldados: « Y que fueron persuadidos y so« licitados por la astucia de Cortés (término es suyo) por no que« dar él solo obligado á la paga de los navíos, sino que el ejér« cito los pagase. » No parece que Hernan Cortés se hallaba entónces en estado ni en parage de temer pleitos civiles con Diego Velazquez: ni este modo de discurrir tiene conexion con los altos designios que se andaban forjando en su entendimiento. Si tomó esta noticia del mismo Bernal Diaz (que lo presumió así, temeroso quizá de que le tocase alguna parte en la paga de los bajeles) pudiera desestimarlo como una de sus murmuraciones, que ordinariamente pecan de interesadas; y si fué conjetura suya, como lo da á entender, y tuvo á destreza de historiador el penetrar lo interior de las acciones que refiere, desautorizó la misma accion con la poca nobleza del motivo, y faltó á la proporcion, atribuyendo efectos grandes á causas ordinarias.

Bernal Diaz dice que aconsejó esta accion á Cortés.

Antonio de Herrera le favorece ménos.

Con poco fundamento.

CAPITULO XIV.

Dispuesta la jornada, llega noticia de que andaban navíos en la costa. Parte Cortés á la Vera Cruz, y prende siete soldados de la armada de Francisco de Garay. Dase principio á la marcha, y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el ejército en la provincia de Zocothlan.

Sintieron mucho algunos soldados este destrozo de la armada; pero se pusieron fácilmente en razon con la memoria del castigo pasado, y con el ejemplo de los que discurrian mejor. Tratóse luego de la jornada, y Hernan Cortés juntó su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dejando ciento y cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera Cruz, y por su gobernador al capitan Juan de Escalante, soldado de valor, muy diligente y de toda su confianza. Encargó mucho á los caci-

Prevenciones de la jornada de Méjico en Zempoala.

Queda Juan de Escalante en la Vera Cruz.

ques del contorno, que en su ausencia le obedeciesen y respetasen como á persona en quien dejaba toda su autoridad: y que cuidasen de asistirle con bastimentos, y gente que ayudase en la fábrica de la iglesia y en las fortificaciones de la villa: á que se atendia, no tanto porque se temiese inquietud entre aquellos Indios de la vecindad, como por el recelo de alguna invasion ó contratiempo de Diego Velazquez.

Prevenciones del cacique.

El cacique de Zempoala tenia prevenidos doscientos tamenes, ó Indios de carga, para el bagage, y algunas tropas armadas que agregar al ejército, de las cuales entresacó Hernan Cortés hasta cuatrocientos hombres, incluyendo en este número cuarenta ó cincuenta Indios nobles de los que mas suponian en aquella tierra: y aunque los trató desde luego como á soldados suyos, en lo interior de su ánimo los llevó como rehenes, librando en ellos la seguridad del templo que dejaba en Zempoala, de los Españoles que quedaban en la Vera Cruz, y de un page suyo de poca edad que dejó encargado al cacique para que aprendiese la lengua mejicana, por si le faltasen los intérpretes. Adminículo en que se conoce su cuidado, y cuánto se alargaba con el discurso á todo lo posible de los sucesos.

Deja Cortés un page en Zempoala.

Estando ya en órden las disposiciones de la marcha, llegó un correo de Juan de Escalante con aviso de que andaban navíos en la costa de la Vera Cruz, sin querer dar plática, aunque se habian hecho señas de paz y diferentes diligencias. No era este accidente para dejado á las espaldas; y así partió luego Hernan Cortés con algunos de los suyos á la Vera Cruz, encargando el gobierno del ejército á Pedro de Alvarado y á Gonzalo de Sandoval. Estaba, cuando llegó, uno de los bajeles sobre el ferro, al parecer en distancia considerable de la tierra; y á breve rato descubrió en la costa cuatro Españoles que se acercaron sin recelo, dando á entender que le buscaban.

Navíos que se vieron en la Vera Cruz.

Va Cortés á la Vera Cruz.

Era el uno de ellos escribano, y los otros venian para testigos de una notificacion que intentaron hacer á Cortés en nombre de su capitan. Traíanla por escrito, y contenia: que Francisco de Garay, gobernador de la isla de la Jamaica, con la órden que tenia del rey para descubrir y poblar, habia fletado tres navíos con doscientos y setenta Españoles á cargo del capitan Alonso de Pineda, y tomado posesion de aquella tierra por la parte del rio de Panuco: y porque se trataba de hacer una poblacion cerca de Naothlan, doce ó catorce leguas al poniente, le intimaban y requerian que no se alargase con sus poblaciones por aquel parage.

Acércase un escribano y testigos para una notificacion por el gobernador de Jamaica.

Respondió Hernan Cortés al escribano, que no entendia de requerimientos, ni aquella era materia de autos judiciales: que el

capitan viniese á verse con él, y se ajustaria lo mas conveniente; pues todos eran vasallos de un rey, y se debian asistir con igual obligacion á su servicio. Decíales que volviesen con este recado; y porque no salieron á ello, ántes porfiaba el escribano, con poca reverencia, en que respondiese derechamente á su notificacion, los mandó prender, y se ocultó con su gente entre unas montañuelas de arena, frecuentes en aquella playa, donde estuvo toda la noche y parte del dia siguiente, sin que se moviese la nave, ni se conociese en ella otro designio que esperar á sus mensageros: cuya suspension le obligó á probar con alguna estratagema si podia sacar la gente á tierra. Y lo primero que le ocurrió fué mandar que se desnudasen los presos, y que con sus vestidos se dejasen ver en la playa cuatro de sus soldados, haciendo llamada con las capas y otras señas. Lo que resultó de esta diligencia fué venir en el esquife doce ó catorce hombres armados con arcabuces y ballestas; pero como se retiraban los cuatro disfrazados por no ser conocidos, y respondian á sus voces recatando el rostro, no se atrevieron á desembarcar; y solo se prendieron tres que saltaron en tierra mas animosos, ó ménos advertidos: los demas se recogieron al navío, que con este desengaño levó sus áncoras y siguió su derrota. Dudó Hernan Cortés al principio si serian estos bajeles de Diego Velazquez, y temió que le obligasen á detenerse: pero le embarazaron poco los intentos de Francisco de Garay mas fáciles de ajustar con el tiempo: y así volvió á Zempoala ménos cuidadoso, y no sin alguna ganancia, pues llevó siete soldados mas á su ejército: que donde montaba tanto un Español, pareció felicidad, y se celebró como recluta.

Mándalos prender.

Estratagema de Cortés.

Saltan en tierra tres Españoles.

Tratóse, poco despues, de la jornada; y al tiempo de partir se puso en órden el ejército, formando un cuerpo de los Españoles á la vanguardia, y otro de los Indios en la retaguardia, gobernados por Mamegí, Theuche y Tamellí, caciques de la serranía. Encargóse á los tamenes mas robustos la conduccion de la artillería, quedando los demas para el bagage: y con esta ordenanza, y sus batidores delante, se dió principio á la marcha el dia diez y seis de agosto de este año. Fué bien recibido el ejército en los primeros tránsitos, Jalapá, Socochima y Tejuclá, pueblos de la misma confederacion. Ibase derramando entre aquellos Indios pacíficos la semilla de la religion, no tanto para informarlos de la verdad, como para dejarlos sospechosos de su engaño: y Hernan Cortés, viéndolos tan dóciles y bien dispuestos, era de parecer que se dejase una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército, y quedase por lo ménos introducida su adoracion; pero el padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan

Dispónese la marcha en Zempoala.

Toma el ejército el camino de Méjico.

Resistió Fr. Bartolomé que se ponga la cruz en los tránsitos.

Diaz se opusieron á este dictámen, persuadiéndole á que seria temeridad fiar la santa cruz de unos bárbaros mal instruidos, que podrian hacer alguna indecencia con ella, ó por lo ménos la tratarian como á sus ídolos, si la venerasen supersticiosamente, sin saber el misterio de su representacion. Fué de su piedad el primer movimiento de la proposicion; pero de su entendimiento el conocer sin repugnancia la fuerza de la razon.

Padece mucho el ejército en la sierra.

Entróse luego en lo áspero de la sierra, primera dificultad del camino de Méjico, donde padeció mucho la gente, porque fué necesario marchar tres dias por una montaña inhabitable, cuyas sendas se formaban de precipicios. Pasaron á fuerza de brazos y de ingenio las piezas de artillería, y fatigaban mas las inclemencias del tiempo. Era destemplado el frio, recios y frecuentes los aguaceros; y los pobres soldados, sin forma de abarracarse para pasar las noches, ni otro abrigo que el de sus armas, caminaban para entrar en calor, obligados á buscar el alivio en el cansancio. Faltaron los bastimentos, última calamidad en estos conflictos, y ya empezaba el aliento á porfiar con las fuerzas, cuando llegaron á la cumbre. Hallaron en ella un adoratorio y gran cantidad de leña; pero no se detuvieron, porque se descubrian de la otra parte algunas poblaciones cercanas, donde acudieron apresuradamente á guarecerse, y hallaron bastante comodidad para olvidar lo padecido.

Faltaron los bastimentos.

Llegan á Zocothlan.

Empezaba en este parage la tierra de Zocothlan, provincia entónces dilatada y populosa, cuyo cacique residia en una ciudad del mismo nombre situada en el valle donde terminaba la sierra. Dióle cuenta Hernan Cortés de su venida y designios, haciendo que se adelantasen con esta noticia dos Indios Zempoales que volvieron brevemente con grata respuesta: y tardó poco en descubrirse la ciudad, poblacion grande que ocupaba el llano suntuosamente. Blanqueaban desde léjos sus torres y sus edificios: y porque un soldado portugues la comparó á Castilblanco de Portugal, quedó unos dias con este nombre. Salió el cacique á recibir á Cortés con mucho acompañamiento; pero con un género de agasajo violento, que tenia mas de artificio que de voluntad. La acogida que se hizo al ejército fué poco agradable, desacomodado el alojamiento, limitada la asistencia de los víveres, y en todo se conocia el poco gusto del hospedage; pero Hernan Cortés disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos Indios de la paz que les habia propuesto, cuando trataba solo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

Visita el cacique á Cortés.

Poco agasajo en Zocothlan.

CAPITULO XV.

Visita segunda vez el cacique de Zocothlan á Cortés: pondera mucho las grandezas de Motezuma. Resuélvese el viaje por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Jacazingo.

epite su visita el cacique.

El dia siguiente repitió el cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados: llamábase Olinteth; y era hombre de capacidad, señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortés para recibirle de todas las esterioridades que acostumbraba: y fué notable esta sesion, porque despues de agasajarle mucho y satisfacer á la cortesía, sin faltar á la gravedad, le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas: *Si era súbdito del rey de Méjico.* A que respondió prontamente: *¿Pues hay alguno en la tierra que no sea vasallo y esclavo de Motezuma?* Pudiera embarazarse Cortés de que le respondiese con otra pregunta de tanto arrojamiento; pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dijo: « Que sabia poco del mundo, pues él y aquellos compañeros suyos « eran vasallos de otro rey tan poderoso, que tenia muchos súb- « ditos mayores príncipes que Motezuma. » No se alteró el cacique de esta proposicion; ántes sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion: « Que Mote- « zuma era el mayor príncipe que en aquel mundo se conocia: que « no cabian en la memoria ni en el número las provincias de su « dominio: que tenia su corte en una ciudad incon- « trastable fundada en el agua sobre grandes lagu- « nas: que la entrada era por algunos diques ó calzadas inter- « rumpidas con puentes levadizos sobre diferentes aberturas por « donde se comunicaban las aguas. Encareció mucho « la inmensidad de sus riquezas, la fuerza de sus « ejércitos, y sobre todo la infelicidad de los que no le obedecian: « pues se llenaba con ellos el número de sus sacrificios, y morian « todos los años mas de veinte mil hombres, enemigos ó rebeldes « suyos, en las aras de sus dioses. » Era verdad lo que afirmaba; pero la decia como encarecimiento, y se conocia en su voz la influencia de Motezuma, y que referia sus grandezas mas para causar espanto que admiracion.

Respuesta notable del cacique.

Encarece las grandezas de Motezuma.

La fortaleza de Méjico.

Las opulencias de su corte.

Penetró Hernan Cortés lo interior de su razonamiento; y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de aquellas ponderaciones, le respondió: « Que

Animosa respuesta de Cortés